

DE COMO SE FRUSTRO HERMANN PREMIO NOBEL



Una de las últimas fotografías del desaparecido escritor Hermann Hesse

HACE por estos días dos años estuve a punto de visitar en su casa de Suiza al escritor Hermann Hesse, Premio Nobel. La visita se frustró a causa de Mozart y de la señora B.

Mi colección de entrevistas con Premios Nobel era entonces tan escasa como ahora. Una vez estuve junto a Bergson y otra vez cené al lado de don Jacinto Benavente, y digo «al lado» y no «con», porque don Jacinto me volvió la espalda durante toda la cena de modo deliberado y ostensible. No cruzamos palabra.

No sé si mi esperanza de que Hermann Hesse no me volviese la espalda era realmente fundada, o más bien una ilusión. Consulté mi proyecto con la señora B. Le dije con toda franqueza que nuestro dinero —yo iba con mi mujer— nos alcanzaba para visitar a Hesse en Suiza o para escuchar a Mozart en Salzburgo, pero no para ambas cosas.

La señora B. vive en Grünwald, que quiere decir «Bosque verdes», y es un barrio, digamos forestal, en las afueras de Munich. El procedimiento de urbanización es sencillo y de excelentes resultados. Se derriban los árboles indispensables para el trazado de calles y veredas; se venden las parcelas boscosas con todo su arbolado. Las parcelas son caras y la construcción, más; pero la gente, que yo no se le ocurriría nunca aspirar a una casa en Grünwald. Entonces se elige

el lugar más apropiado de la parcela. Se tulan los tilos, los alerces, los alisos indispensables, y se construye la casa. A causa de este procedimiento, la señora B. posee un salón cuyo enorme ventanal abre sus luces al bosque, y sin dejar de tocar el piano puede vigilar a Mathi y a Riki mientras se comen sus zanahorias crudas y juegan de calzas por el césped.

—¿Sabes tú de Hesse?—me preguntó.

Yo hablé de «El lobo estepario», de «Demians», de «El juego de abalorios». Me referí también, aunque con cierta imprecisión de datos, a los problemas surgidos entre Hesse y Alemania, su patria, cuando la guerra del 14.

—Sí. Tuvo que expatriarse y marchar a Suiza. Creo que más tarde se hizo ciudadano helvético.

A mi amiga la señora B. el nombre y la figura de Hermann Hesse no parecían serle simpáticos. Añadió que venía a ser, para los alemanes, algo así como para nosotros los hombres del 98, y que la juventud ya no le interesaba. «En cierta ocasión se formaron dos tribunales de escritores jóvenes para juzgarle. Ninguno de los dos le fue favorable. Como a la mayor parte de los Nobel, el Premio vino a testificar su muerte en vida.»

Yo pensaba que con frecuencia los jóvenes decretan la muerte de aquello que les estorba, pero no lo dije, porque la señora B. es bastante más joven que yo y pudiera parecerle una agresiva defensa personal. Por otra parte, nada se parece más al curso del

Guadiana que la reputación y vigencia de un escritor. Desaparece para reaparecer unos años más allá. ¿No hemos visto nosotros morir a Galdós, y no asistimos ahora a su primera resurrección? Las muertes literarias que se decretan de vez en cuando son meramente tácticas.

Me atreví, sin embargo, a explicar —no a defender, ¡cuidado!— la falta de patriotismo de Hermann Hesse cuando Alemania se lanzó en 1914 a su primera aventura imperial.

—A Goya, entre nosotros, le sucedió una cosa parecida. ¿Podemos, sin embargo, decir que haya sido mal español? Por lo menos fue español de modo mucho más hondo que muchos combatientes de 1808. Por lo que sé de sus obras, Hesse es profundamente alemán, es alemán en la misma medida que Goethe, y quizá en la misma dirección. En cierto modo, además, Goethe no fue un buen patriota. A esta clase de hombres, la ejemplaridad no hay que pedírsela en el orden de la ciudadanía.

A la señora B. no le gustaba, evidentemente, el rumbo de la conversación y prefirió atender a los gritos de Riki, que había clavado una espina en el talón desnudo de su pie.

Aquella tarde nos llevó en su Citroën por los bosques y montañas de Baviera. Atravesamos aldeas con Cristos en los caminos y pinturas de santos en las fachadas, bajo los grandes aleros. Fulmos a dar a un lago estrecho y largo como la ría de Arosa, y de igual color en las aguas. En la orilla de enfrente, un castillo alzaba su gran torre iluminada, y más arriba, el crepúsculo saltaba las altas cimas de los Alpes Bavaros. La tarde era gris y las aguas del lago parecían de plomo derretido.

A la mitad de la cena, al señora B. me preguntó:

—¿Sabes que Hermann Hesse, a los setenta años, estuvo procesado y en la cárcel por seducción de una menor?

Me contó toda la historia, y de la historia yo retuve, como elemento singular, la afirmación de Hesse de que había atraído a la muchacha por artes mágicas. Hesse cultivaba la magia según recetas chinas o indias. En las páginas de «El juego de abalorios» constan las huellas —tan alemanas, por otra parte— de esta afición al esoterismo oriental.

Mientras contaba la señora B. el penoso incidente, yo recordaba las correrías nocturnas de Machado y de Galdós, las irregularidades prostibularias de Max Scheler, la ancinidad libidinosa de Victor Hugo. Quizá, como vieja maldición, los hombres de más talento fracasan ahí donde los co- rrientes ponemos mayor empeño en acreditar nuestra normalidad.

—A Gothe le sucedió una cosa parecida, ¿no?

—¡Oh, lo que Goethe fue distinto! —Indudablemente. Goethe fascinó a la chica con su personalidad gigantesca, mientras que Hesse dice haberse valido de artes mágicas. Además Goethe no se vio envuelto en papeles de

proceso ni en la cárcel. Eran distintas las sociedades, aunque el hecho fuese más o menos el mismo. A sus ochenta años, Goethe era ya la mayor gloria alemana, en tanto que la de Hesse, a los setenta, se discutía. Meter en la cárcel a Goethe hubiera sido escandaloso.

—Hesse fue discolo, rebelde, inconformista toda su vida. No toleró jamás autoridad ni ley. Mal hijo, mal estudiante, mal aprendiz de relojero, mal ciudadano.

—Pero buen escritor, y con un ideal de orden que ahí está, trazado en sus líneas simbólicas, en las páginas del mismo «Juego de abalorios». Un ideal, además, propuesto a Europa como módulo de salvación. No es, en modo alguno, disparatado en su esencia, aunque sus términos nos resulten chocantes. «El juego de abalorios» es contemporáneo del gran esfuerzo realizado por los benedictinos alemanes para mostrar a Europa, dentro de la Iglesia Católica, un ideal moderno de comunidad y objetividad. Hesse, que se refiere con mucha frecuencia a los benedictinos y al catolicismo, buscaba, a través de sus nociones germánicas y orientales, un ideal parecido. Quizá si lo viese realizado, aunque sólo fuera aproximadamente, no hubiera sido discolo, inconformista ni rebelde.

—Pero, ¿se trata de un ideal realizable? ¿No será más bien un pretexto para justificarse? Es muy cómodo decir: si el mundo fuera así, yo sería un ciudadano ejemplar.

No olvides que todo artista, que todo escritor, choca contra la realidad, y a veces pierde en el choque la cabeza. De la disconformidad con lo real brota el retrato implacible, escoldado frecuentemente de la caricatura y de la utopía. Recuerda a Cervantes encarcelado, a Dostoyewski en Siberia, a Tolstoj en Yasnaia-Poliana. Recuerda también sus ideales.

—Hesse no retrató la realidad. Huyó de ella.

—A Hesse, curiosa mezcla de intelectual y mago, la realidad le resultaba falsa, por aparente. So magin quería hallar la verdad oculta, su imaginación simbolizante pretendía darnos versiones más reales que los retratos de los escritores realistas ninguno de los cuales, por cierto, deja de ser, de algún modo, un utopista.

Aquella noche la señora B me dio a leer una breve autobiografía de Hesse: «Breve historia de mi vida». Mientras yo la hojeaba, la señora B tocaba el piano y saltaba de Debussy a la «Danza quintas», de Granados. Riki y Mathi dormían, y a través del gran ventanal, el «Bosque verdes» tenía todo el misterio de la selva germánica.

Lei el fracaso de Hesse como autor de una ópera, porque todo lo que quería expresar lo había expresado ya Mozart en «La flauta mágica». Lei también su escapatoria de la cárcel... en el tren, que él mismo había pintado en la pared de su celda. «Fue entonces cuando disminuí de tamaño, penetré en mi cuadro, subí al tren y

MI ENTREVISTA CON HESSE

Por Gonzalo TORRENTE BALLESTER

desaparecí en el oscuro túnel. Durante unos minutos salieron nubecillas de humo por el negro agujero; luego se esfumaron, y con ellas el cuadro y yo. Alóñitos, los guardianes quedaron atrás. Su mágica seducción de una muchacha, ¿no habría sido —pensé— como su escapatoria de la cárcel? ¿No dice él mismo que su autobiografía es «puramente conjetural, adentrándose en el futuro?»

Se lo dije a la señora B.

—Lo que aquí cuenta Hesse es más posible que real. El delito de los setenta años, contado a los cincuenta, quizá sea verdad; pero nunca fue una realidad. Deberías reconciliarte con él, porque no creo que haya estado jamás mezclado en un lío sucio de menores.

—¿Tú crees?

La señora B., en sus saltos por la Europa musical, había llegado ahora a París y tocaba la «Pavana a una infanta difunta».

—Estoy convencido de que Hermann Hesse, fuera de sus diferencias con sus padres y con sus maestros, que se parecerán a las de todo el mundo, y fuera de su actitud política ante la guerra del 14, más o menos como la de Jules Romains en Francia, es un caballero correcto, de una gran imaginación, aunque un poco especial, y un gran escritor, con el que vale la pena charlar un par de horas.

—Yo, sin embargo, en tu caso, me iría a Salzburgo. Mozart, a su modo, también fue mago, y además en el programa figura una versión excepcional de «Don Giovanni». Lo mejor de Herman Hesse puedes hallarlo en la música de Mozart.

—¿Podrías explicarme por qué muchas obras de grandes artistas se frustran al pensar que lo que ellos se proponen hacer lo han hecho ya otros? ¿No será por eso por lo que en las épocas de signo juvenil se renuncia a conocer a los predecesores y se les declara muertos? Si Hesse hubiera declarado muerto a Mozart, ¿habría escrito su ópera?

La señora B. no supo responderme. O no lo quiso, ¡vaya usted a saber! Seguía tocando a Ravel.

El caso es que unos días después escuchábamos mi mujer y yo una fascinante versión trágica, sombría, del «Don Giovanni», en un Salzburgo frío y lluvioso que nos recordaba nuestra lejana Compostela.

En la música de Mozart no supe hallar el espíritu de Hermann Hesse. El fondo de «Don Giovanni» es muy poco alemán y razonablemente desordenado, aunque en su forma sea el orden mismo. «Don Giovanni», además, no hubiera huido de la cárcel en un trenecito pintado.

A lo mejor es que Mozart y Hesse no se parecen en nada.



El Nobel Hermann Hesse, en la biblioteca de su casa, en Suiza, donde falleció y donde residió muchos años.



“las ratas”, de miguel delibes

Una buena novela de Miguel Delibes, “Las ratas” (Ediciones Destino, Colección Ancora y Delfín, Barcelona, 1962, ha encontrado una excelente acogida, y, a nuestro juicio, con toda la razón. Se trata, en efecto, de un magnífico relato, lleno de ternura, de gracia y de agudeza, o través de una prosa muy matizada, límpida, enjundiosa, cuapada de ocultos expresivos.

La acción de “Las ratas” se sitúa en un pueblecito castellano. El protagonista es un niño: Nini, que vive con sus padres en una cueva. El oficio de ambos consiste en cazar ratas. La significación última de este niño, que todo lo sabe, que cuando hay un problema en el pueblo es él quien lo resuelve, desinteresadamente, viene dada por unas palabras del Evangelio, que abren el libro: “Si alguno quiere ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos. Y tomando un niño lo puso en medio de ellos...” El Nini es ese niño.

“Las ratas” no es un reflejo de la realidad, sino una visión poética de la realidad. En ningún momento —ni aun en los más dramáticos— aparece en las páginas de esta novela el fuerte patetismo de los medios rurales castellanos. Ello es deliberado y corresponde a una visión amable de la existencia, desde la que está concebido este relato. En cierto modo, “Las ratas” guarda un estrecho parentesco con algunas novelas de Steinbeck. No, por supuesto, con “Las uvas de la ira”. Pero sí, por ejemplo, con “Camaradas errantes”.

El mérito más relevante de esta novela es, sin duda, de orden formal. Transitamos la prosa límpida y tersa de este libro con verdadero deleite. “Las ratas” viene a incorporarse con todos los honores, pues, a la obra, ya vasta, de este importante novelista español actual que es Miguel Delibes.



“camilo José cela”, de alonso zamora vicente

ME gustaría disponer para esta crítica de todo el espacio que merezca una obra como “Camilo José Cela”, de Alonso Zamora Vicente (Editorial Gredos, Biblioteca Románica Hispánica, Madrid, 1962), cuyas páginas acabo de transitar. En principio, quiero hacer hincapié en lo valioso de una empresa de este tipo. Hacen falta muchos libros como éste, que ayuden a que el lector español se forme una visión correcta y documentada de sus propios escritores. Libros de crítica —de crítica “potenciadora”— que, como una estela, acompañen la obra —siempre en solitario— del escritor español.

Alonso Zamora Vicente traza una rápida biografía de Cela, estudia sus tres novelas fundamentales —“La familia de Pascual Duarte”, “La colmena” y “La catira”—, así como también sus libros de viaje, para formular por último unos juicios de conjunto. Estudia también Zamora Vicente el peculiar estilo literario de Cela y pasa a considerar al novelista como un puente que une el 98 con las generaciones actuales.

Yo no estoy de acuerdo con Zamora Vicente en bastantes cosas. Creo que Zamora Vicente ha visto en algunas obras de Cela —por ejemplo, “La familia de Pascual Duarte”— unas sugerencias que éstas en realidad no encierran. También crítico a Zamora Vicente que en su estudio sobre Cela lo dé todo por bueno, sin establecer distinciones y matices. Pero, en última instancia, en este valioso libro puede encontrar el lector curioso una buena visión panorámica de la obra del discutido académico.

RICARDO DOMENECH